



DIEZ AÑOS SIN GERMÁN ESPINOSA

(1938-2007)

La novela sobre los nazis que Espinosa nunca escribió

SEBASTIÁN PINEDA
BUITRAGO

Brevísimo preludeo

Mi tía pintora me dio a leer a finales del milenio pasado *La tejedora de coronas*, esa novela llena de mujer y de mar. La leí en un balcón de Bocagrande, frente al mar cartagenero, y me impresionó el erotismo combinado con erudición dieciochesca, iluminista, masónica. Cuando me radiqué en Bogotá, presto a estudiar literatura, me alegré de residir en la misma ciudad en donde vivía el autor de *La tejedora de coronas*. Fue fácil ponerme en contacto. Creo que la primera vez que me senté a conversar con él y su esposa, Josefina Torres, fue el 18 de agosto de 2001. Yo estaba a punto de cumplir 19. Él tenía 63. Durante los últimos 6 años de su vida no dejamos de tertuliar muy a menudo al calor de un café matinal y, a veces, de un whisky nocturno. En recuerdo de aquellas pláticas y de la relectura constante de su obra y de otros contertulios ya desaparecidos, como su colega

Me sorprendió advertir, entre los libros que tenía amontonados sobre el colchón, la biografía del cura guerrillero Camilo Torres, del irlandés Joe Broderick. Entonces le pregunté si deseaba escribir una novela al respecto.

R. H. Moreno-Durán y, sobre todo, nuestro joven amigo Johann Rodríguez-Bravo, he tratado de trazar mis encuentros y a veces desencuentros con Germán Espinosa. Me ha costado saltar la barrera del espectador y meterme en el ruedo de su biografía; agarrar el toro (Espinosa era de signo tauro) por los cuernos. Él lo contó casi todo en sus memorias, *La verdad sea dicha* (2003), y en *Aitana* (2007), la última y más autobiográfica de sus novelas. Pero, en nuestra postrera conversación, me contó el argumento de una novela que no alcanzó a escribir.

El 17 de junio de 2007, la última vez que lo visité, lo vi postrado en su cama y aquejado por un tumor cancerígeno que le carcomía las cuerdas vocales —a él, un ser volcado a la conversación—. Me sorprendió advertir, entre los libros que tenía amontonados sobre el colchón, la biografía del cura guerrillero Camilo Torres, del irlandés Joe Broderick. Entonces le pregunté si deseaba escribir una novela al respecto. Acostado, incorporándose un poco sobre el codo, Germán Espinosa se roció xilocaína en la boca para mitigar el agudo dolor que lo aquejaba, y me respondió con la lengua adormilada:

—No exactamente.

En realidad, me precisó, acariciaba el argumento para su próxima novela sobre un hombre joven a quien, por extrañas amistades, terminan enganchándolo en el aparato de terror del nazismo, sin que él en ningún momento comulgue con semejante doctrina. Espinosa trató de darme a entender que buscaba el perfil de un joven hispanoamericano con cierto

halo religioso o místico. Gran parte de la novela transcurriría en París y se desarrollaría en algún conservatorio en tiempos de la ocupación alemana liderada por el general Dietrich von Choltitz. De manera que el protagonista, me precisó, sería un pianista de origen caribeño —de inmediato me imaginé un *alter ego* suyo— que, ingenua y advenedizamente, se codearía en cabarets y teatros con militares y espías de la cruz esvástica.

Las fuerzas lo abandonaron para escribir aquella novela sobre los nazis. Como costaba arrancarle palabras, no quise preguntarle detalles esa última vez en que lo visité. Después —y todavía ahora— me he quedado pensando qué similitud pudo haber visto Espinosa entre el cura guerrillero Camilo Torres, abatido el 15 de febrero de 1966 en las selvas colombianas, con el perfil de un pianista cartagenero o caribeño en el París de 1940, entonces invadido por los nazis.

De haber escrito aquella novela, en cualquier caso, Espinosa no necesitaría inventar mucho para construir a un protagonista músico. Un primo hermano de su padre, Guillermo Espinosa Grau, había estudiado en Alemania hacia 1932 con el entonces director de la Orquesta Filarmónica de Berlín, Julius Prüwer, antes de que los nazis marginaran a este por su ascendencia judía.¹ El primo hermano de su padre incluso alcanzó a dirigir en Berlín la Orquesta Sinfónica de Extranjeros y la Sociedad Germano-Hispanoamericana de Música, naturalmente antes de la Segunda Guerra Mundial, es decir, antes de que las máquinas militares de la pos-Ilustración comenzaran a despedazarse unas a otras. El músico Guillermo Espinosa Grau regresó a Colombia hacia 1936. En Bogotá dirigió la Orquesta Sinfónica a la que, además, independizó del Conservatorio. No solo al calor de las políticas culturales de la república liberal y del Ministerio de Educación, entonces a cargo de Jorge Eliécer Gaitán, sino sobre todo por el valor del peso colombiano frente al dólar y otras monedas europeas, el tío de Espinosa ayudó a

instaurar en Cartagena una fundación llamada Pro-Arte Musical que, entre 1945 y 1951, trajo a la ciudad portuaria pianistas de la talla del polaco Arthur Rubinstein y del chileno Claudio Arrau.² Después de presentarse en el Teatro Heredia, según recordaba Espinosa, aquellos músicos se hospedaban en casa de su abuela materna, Rosa María Villarreal, quien además amenizaba como pianista aficionada.

Viéndolo bien, el perfil del protagonista que mejor encaja en aquella novela sobre los nazis que Espinosa nunca escribió sería el de Adolfo Mejía. Él fue tal vez en Colombia, durante el siglo xx, el más importante compositor de música sinfónica. En 1945 también fue cofundador de Pro-Arte con Guillermo Espinosa Grau. Años antes, Mejía ya había sido discípulo del guitarrista español Andrés Segovia y del musicólogo francés Charles Koechlin, y era el único seguidor en Colombia del sistema dodecafónico de

Arnold Schoenberg. Justamente había estudiado en París entre 1939 y 1940, es decir, *ad portas* de la ocupación nazi. Mejía incluso contó que tuvo que escapar de Europa hacia finales de 1940 en un barco cargado de explosivos, que hizo escala en Río de Janeiro antes de atracar en Cartagena.³

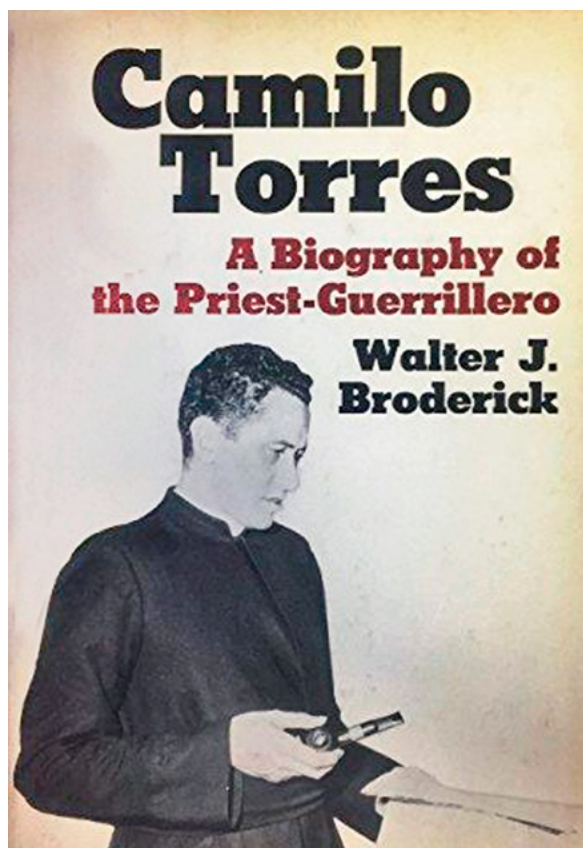
Aquel músico costeño frecuentaba a menudo la casa de los padres de Espinosa, donde improvisaba *blues* de moda en un piano de cola. Hacia 1955, durante su primera juventud, Espinosa comenzó a frecuentar la tertulia de Adolfo Mejía en el Café Metrópol de Cartagena.⁴ No resulta nada raro entonces que Mejía, un compositor que no veía óbice en fusionar sinfonías clásicas con ritmos de cumbias o porros sabaneros, le relatar a Espinosa el argumento que muchos años después, al final de sus días, este acarició escribir: el de un joven hispanoamericano, estudiante de un conservatorio en París, de repente enganchado en el aparato criminal del nazismo, sin que en ningún momento comulgue con esta ideología.

Espinosa nunca practicó o tocó ningún instrumento en particular, pero se conocía al dedillo el léxico musical. En 1957, a los 19 años, estuvo a punto de marcharse a estudiar crítica musical en París. Fue Adolfo Mejía quien consiguió tramitarle una beca con la Secretaría de Educación Departamental. Aunque esta le concedió la beca, Espinosa no pudo marcharse porque no obtuvo el permiso de su padre. En ese entonces la mayoría de edad se alcanzaba a los 21 años. De haberse marchado a París a estudiar crítica musical en 1958, en cualquier caso, a Espinosa ya no le hubiera tocado la ocupación nazi, sino la primera década de la posguerra. En cierta ocasión, cuando se imaginaba esa variación de su autobiografía, me decía con regodeo que quizás hubiera terminado escribiendo en francés. “Es difícil redactar mala prosa en francés”, repetía con coquetería pensando en André Gide o en Marcel Proust. Exageraba. Escribir es el oficio más difícil del mundo. Hace falta verdadero talento y una rara obsesión, como la de él, para incluso querer escribir una novela sobre los nazis en semejantes circunstancias de salud.



Ahora bien, ¿de dónde venía su postrera obsesión por el nazismo? ¿O se trataba de otra de sus provocaciones intelectuales? En 2006, para la revista *Avianca*, Espinosa desató cierta polémica por uno de sus últimos artículos, una crónica de viaje de cuando él fue diplomático en Kenia, en la que relató cómo logró ponerse a salvo, luego de quedar atrapado en un pantano en medio de una llanura llena de leones, gracias al motor de su Volkswagen. En sus recurrentes asociaciones históricas, Espinosa dijo que lo había salvado Hitler, bajo cuyo régimen (el Tercer Reich) se inventó el Volkswagen (en alemán, *el carro del pueblo*). De inmediato desató la ira de la comunidad judía, que viaja, lee y desde luego pauta en la revista *Avianca*. Los editores de la revista, pues, nunca lo volvieron a invitar.

Dos cosas alejaron a Espinosa del periodismo de opinión. En primer lugar, la visión romántica del escritor “puro” que no debe descender o condescender con la opinión diaria del periodismo, porque este de algún modo lo contamina, lo sumerge en el aura de la mediocridad y lo obliga a comulgar con lo políticamente correcto. En segundo lugar, consecuencia de lo anterior, Espinosa se negó a colaborar en el periodismo porque escondía cierto pensamiento *reaccionario* en el buen sentido del término y del que él no fue lo suficientemente consciente. Sabido por algunos fue el enfado que manifestó por la pervivencia complaciente de las guerrillas colombianas, a finales del siglo xx, entre cierta intelectualidad. En el plano literario tal complacencia permitió la desintegración niveladora de las formas artísticas en pos de darle privilegio a las artes menores o testimoniales, como la mal llamada *crónica literaria* o *periodismo literario*. En el plano político, por otra parte, Espinosa alcanzó a relatar en *Aitana*, su última novela, la trifulca que tuvo con un joven alemán, miembro de una ONG, por el refinamiento o halo de heroísmo con el que este cubría la acción terrorista de los guerrilleros colombianos. A la pregunta de Espinosa de si Hitler debería presentarse con iguales características, el joven alemán dejó relucir su secreta simpatía nacional-socialista.



¿Por qué otra razón se interesó tanto Espinosa por el nazismo durante su última etapa? Recuerdo que cuando todavía tertuliábamos en el Café Beck, cuyo local quedaba por Las Aguas y cuyos ventanales daban hacia la silueta del cerro Monserrate, le conté a Espinosa una escena con un mendigo en el transporte público. La noche anterior, en el trayecto de 100 cuadras entre mi trabajo y mi casa, se subieron al bus 8 mendigos a pedir limosna. El octavo y último expuso el mismo discurso de los otros 7. Aturdidos por el tráfico, palpándonos de nuevo los bolsillos, los pasajeros advertimos la ausencia de monedas y, mareados por las vallas publicitarias y las propagandas de radio que también *piden* y *piden*, dejamos escapar balbuceos de molestias. El mendigo, herido en lo más hondo por el reproche y la indiferencia de su público, se dio a insultarnos como cualquier actor fracasado. Su insulto se trocó en soliloquio: “Piensan que pido porque sí. Pues no. Mi papá fue un esmeraldero, sí, lleno de plata, y lo mataron de un tiro en la cabeza, ¡pum! Qué culpa que yo haya

quedado en la calle. ¿De qué otra forma quieren que les venga a pedir, sino expresándoles mi necesidad, mi desconsuelo, mi desconcierto por tanta injusticia? ¡Ah! Pero si no me van a ayudar, ¿para qué continúo insistiendo? Esta gente es ignorante, indiferente. ¡Viva el anticristo: 666! ¡Viva Adolfo Hitler! ¡Ah! Con razón Adolfo mató a tanta gente. Van a ver”. Al terminar mi historia, como sobándose las manos para un futuro relato, Espinosa me comentó que también Hitler había comenzado mendigando en las calles de Múnich hasta que se encontró con receptores adecuados y en el tiempo apropiado. La historia refiere que sucedió en una taberna (también Mefistófeles hizo su primera aparición en la taberna de Auerbach), en tiempos del humillante Tratado de Versalles.

Del conversador fascinante que había sido Espinosa ya no quedaba mucho cuando lo visité por última vez el 17 de junio de 2007. Si deslizo el comentario de que acariciaba escribir una novela sobre un pianista cartagenero infiltrado entre los nazis en el París de 1940, el efecto de la xilocaína muy pronto lo distrajo hacia menores esfuerzos mentales. Antes de marcharme, el escritor encendió el televisor y me pidió atención para escuchar un video en blanco y negro de los años cincuenta, en el que Néstor Pinedo canta con la Sonora Matancera aquella canción de “Me voy pa’ La Habana”.

—Si no fuera por mi espíritu caribeño... —dijo sonriente Espinosa mientras le subía volumen desde su lecho de moribundo.

Por aquellas fechas, acababa yo de llegar de un congreso cultural que había tenido lugar en el impresionante Centro de Convenciones en Miramar —impresionante en contraste con los edificios deshuesados de El Vedado y con las mansiones derruidas y maltrechas de La Habana Vieja. Me llevé un libro, y lo leí completo: *El mito del rey filósofo* de Danilo Cruz Vélez.

—¿Lo ha leído, maestro? —le pregunté a Espinosa.

No me contestó. Seguí preguntándole como si divagara conmigo mismo:

—¿Será Fidel como un rey filósofo, maestro? ¿Será su régimen la dictadura de los intelectuales? Es que fíjese que allá con nadie se

puede conversar largo y tendido porque todo el mundo se siente asediado. Llega uno aquí con más ganas de hablar que un perdido.

Espinosa ya había caído en un letargo parecido a la muerte por el analgésico de la xilocaína. Supe que era hora de marcharme cuando oí movimiento de trastes en la cocina. Blanca, la empleada doméstica, se alistaba para traerle un brebaje de almuerzo, y entonces, antes de marcharme, me atreví a preguntarle con cierta necesidad:

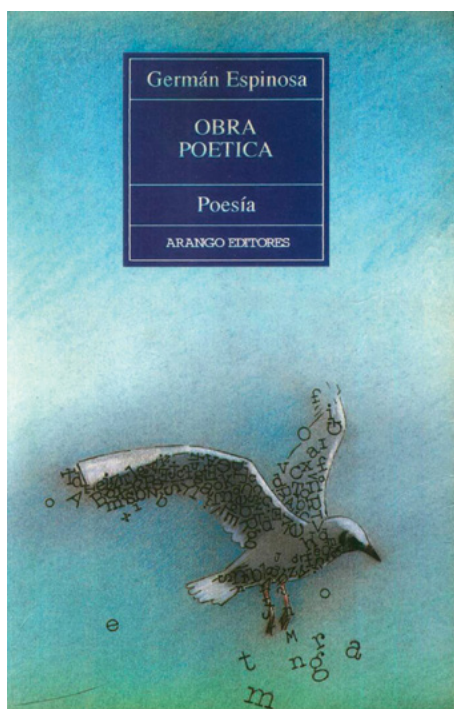
—¿Qué es la muerte, maestro? ¿Adónde se va cuando uno se muere?

Espinosa entreabrió los ojos y alzó las cejas en señal de que lo ignoraba, y hundió su mejilla izquierda en la almohada.

Brevísimo epílogo

Si García Márquez escribía para que sus amigos lo quisieran más, ¿acaso escribía Espinosa para que sus enemigos lo odiaran más? No lo creo. En *Aitana*, en la que yo aparezco como personaje, Espinosa exorcizó su imagen de escritor *monstruoso* por incomprendible o *incomprendido* y hasta admitió ser consciente de su esquizofrenia o delirio de persecución. Se miró a sí mismo y se supo lleno de zozobra, vanidad, locura y de un intensísimo amor por Josefina Torres (a quien evoca como Aitana) y cariño por sus amigos R. H. Moreno-Durán (a quien apellida Rubio Salazar), Nicolás Salom (a quien convierte en Absalón Bermeo) y Johann Rodríguez-Bravo (a quien nombra bajo el mote de John Aristizábal). Aun un año después de su muerte, a finales de 2008, sus editores publicaron unos apuntes inéditos y deprimentes que Espinosa había dejado con el título *Herejías y ortodoxias*. Yo no compré el libro. Apenas lo hojeé de sopetón en cualquier librería. En él volví a encontrar necesidades *espinosas*. ¿Era necesario volver a hacer mención de Juan Gustavo Cobo Borda por “vetarlo” de los medios colombianos? ¿Valía la pena amargarse por sarcasmos de coctel o de pasillo? ¿Acaso la literatura, en últimas, es el mundo real?

Una vez cierto joven profesor universitario, de quien no quiero acordarme, comentó en un almuerzo que Espinosa tenía la cara



del “acreador frustrado”. Acababa de aparecer *La verdad sea dicha*, un libro de “memorias” en que Espinosa había irritado y fastidiado a cierto sector del mundillo literario y periodístico de Bogotá. Corría septiembre de 2003. Almorzábamos en algún restaurante italiano de Chapinero Alto. Entonces, añadió aquel joven profesor, parodiando de memoria un escolio de Gómez Dávila: “Espinosa piensa que el mundo le debe algo. Tiene mueca dolorida de acreedor frustrado”.⁵ Le respondí a aquel profesor que podía tener razón en lo de acreedor frustrado, y hasta le demostré que Espinosa había sido el primero en admitirlo en un poemario que redactó en Bogotá en septiembre de 1974, *Coplas, retintines y regodeos de Juan, el mediocre*, y que publicó en la colección que de sus poemas editó Arango Editores en 1994. Y le recité:

Y, amigos, algo me dice
 que el mundo, ahíto de hiel,
 nunca me habrá perdonado lo bastante ni yo a él.

Pero también le hice saber que Espinosa escribía contra el éxito. Al autor de *La tejedora de coronas* le bastaba la complicidad de unos cuantos lectores y, desde luego, de su esposa Josefina, quien sin embargo no dejó de criticarlo por su espesa erudición y su espíritu caviloso. Contrario a todos los prejuicios que corrían contra Espinosa, yo me acerqué a él. Pude gozar, entre otras cosas, del espectáculo de la literatura que se hace, en lugar de la literatura ya hecha, que los libros nos suelen dar. Quien aprende literatura en el libro, corre el peligro de volverse *libresco*, es decir, dogmático de lo sabido; quien, al contrario, conversa con un maestro sabrá más fácilmente conservarse humanista. Así comprenderemos la relación entre el producto literario y el hombre que crea: así tendremos, en palabras de Eugenio d’Ors, el culto del espíritu creador; no la esterilizante superstición del resultado. ■

Sebastián Pineda Buitrago (Colombia)

Profesor e investigador en la Universidad Iberoamericana (campus Puebla). Se doctoró en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Realizó estudios de maestría en el CSIC de Madrid y de pregrado en la Universidad de los Andes (Bogotá). Tuvo una estancia de investigación entre 2014 y 2015 en la Freie Universität Berlín. Ha publicado varios artículos sobre crítica e historia de las ideas. Entre sus libros cabe mencionar *La musa crítica: teoría literaria de Alfonso Reyes* (México, 2007), *Breve historia de la narrativa colombiana* (Bogotá, 2012) y *Tensión de ideas: el ensayo hispanoamericano de entreguerras* (Monterrey, 2016).

Notas

¹ Véase de Germán Espinosa, *La verdad sea dicha. Mis memorias*, Taurus, Bogotá, 2003, p. 30.

² Véase de Isabel Cristina Ramírez Botero, *Arte y modernidad en el Caribe colombiano. Procesos locales y circuitos regionales, nacionales y transnacionales de la vanguardia artística costeña 1940-1963*; tesis doctoral de Arte y Arquitectura, dirigida por María Margarita Malagón, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2016, p. 215

³ Véase de Luis Antonio Escobar, *La música en Cartagena de Indias*, Intergráficas, Bogotá, 1985.

⁴ Espinosa, *La verdad...*, p. 107.

⁵ El escolio de Gómez Dávila, literalmente, dice lo siguiente: “Sólo sabemos portarnos con decencia frente al mundo cuando sabemos que nada se nos debe. Sin mueca dolorida de acreedor frustrado”, Nicolás Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito* (selección), prólogo de Mario Laserna; epílogo de Franco Volpi, Villegas Editores, Bogotá, 2002, p. 218.